

demos la grandeza de la obra que aun no tiene una traducción á otro idioma que podamos llamar buena. Flores, sin embargo, ha vertido á la hermosa habla castellana, un trozo del poema filosófico por excelencia, trozo que en el original está erizado de dificultades, pues el *Coro de los espíritus del aire en el Fausto*, es una de las partes en que parece se abismó el alma de Goethe. Tal vez por esto el poeta mexicano ha hecho una hermosa composición con aquel título; pero no es fielmente, ni con mucho, aquel coro que termina con la exclamación mefistofélica, *Er scláft!* grito de alegría con que revela su triunfo el espíritu del mal. Cierto que Manuel Flores ha vertido ideas de las contenidas en la obra del Júpiter de Weimar, pero más cierto es aún que el magnífico coro de los Espíritus del aire que en español dice

Desapareced, arcadas de las sombras!  
Y tras el roto velo,  
La claridad dulcísima sonría  
En el zafir espléndido del cielo,

no es el sublime coro expresión de la voluptuosidad deseada para el alma, que responde al deseo del espíritu del mal, para conseguir un propósito y que en alemán principia

Schwindet, ihr dunkeln  
Wolbungen drohen!  
Reizender schaue  
Freundlich der blaue  
Aether hereim!

Si de traductor del pensador alemán pasa á serlo del genio moderno que se llama Víctor Hugo, Flores se encuentra más en su elemento y luce de más brillante modo sus excepcionales facultades, pues al par que conserva las ideas que constituyen el fondo de las composiciones, su genio está más en armonía con ellas, y más afines los medios de expresión, las sigue en su desarrollo con una tal providad, que el autor de los *Miserables* no se desdenaría de poner al pié de ellas su firma.

Un temor que no nos abandona, el de ser molestos por lo extenso y cansados por la falta de conocimientos, nos lleva á no insistir sobre lo dicho anteriormente ni á detenernos más, como quisiéramos, en esta parte del precioso libro que estudiamos. ¡Cuánto más podría añadirse á lo que hemos dicho! Pero lo repetimos, faltos de suficiencia no podemos aquilatar los méritos como se debe, y es de sentir que los que gozan de mejores medios no hagan el detenido estudio y severa é imparcial crítica de un poeta que, viviendo allende los mares, se deja sentir entre nosotros por sus dulcísimas armonías, armonías que no puede dudarse tienen atmósfera, pues embriagan con sus perfumes y encantan con un no sé qué, mágico y prodigioso, que hasta nuestra vista recrea. Flores participa de la melancólica expresión que caracteriza la lírica de los pueblos del Norte, al par que de la exuberante riqueza que es el patrimonio de la de los del



Mediodía; á veces parece inspirado por la misteriosa *Loreley* que mora entre las ondas del Rhin, y otras parece que en torno de su cabeza vaga la aérea *Peri*, que alimentada con las esencias de las flores ha dejado el *Guinistan* de las etéreas regiones donde mora para dar encanto y alegría al poeta.

Cuando hemos conocido las obras del vate mexicano, ha venido á nuestra memoria el recuerdo de aquel *Aehmet* de quien dice el espiritual Teóphilo Gauthier se enamoró una *Peri*, la cual para ser correspondida, se vió obligada á encarnar en el cuerpo de una georgiana. Si hemos recordado este amoroso desvarío, es porque creemos que uno parecido ha debido darse: las poesías que nos ocupan parecen efectos de una grandísima sobreexcitación del alma, en presencia de algo superior al par que misterioso, de algo sublime que casi no tiene realización más que en lo soñado.

Sus miradas son luz, noche sus ojos;  
La pasión en su rostro centellea,  
Y late el beso entre sus labios rojos  
Cuando desmaya su pupila hebrea.  
Me tiembla el corazón cuándo la nombro,  
Cuando sueño con ella, me embeleso,  
Y en cada flor con que su senda alfombra  
Pusiera un alma como pongo un beso.

No podemos detenernos, y continuando nuestro estudio llegamos á la parte que el autor titula *Composiciones varias*, donde de nuevo, rotas las vallas que oponía al poeta la nece-

sidad de atenerse á lo dicho por aquellos á quienes traducía, luce sus potentes facultades, y su inspiración recorre sin dificultad alguna el extenso y dilatado horizonte que ante sí tiene, mayor que el de los que no cuentan con los dones de que la naturaleza le ha hecho favor. La madre común de los mortales, aquella mujer que Dios creó para hacer perder al hombre el Paraíso; la madre de las que siempre Evas, causaron á los mortales la inefable dicha de su aparición, para causar luego el dolor de perder la tranquilidad y el sosiego, es el asunto de la primera composición que encontramos en esta parte. Eva es ya título bastante para despertar sentimientos y evocar recuerdos. Al escuchar este nombre, sin que lo queramos, pasan ante nuestra vista, terribles y sangrientos, cuantos dolores lleva experimentados la humanidad, sentimos que nuestro sér se turba, pues entonces la lucha constante que sostenemos, nos hace suspirar, pensando que otra cosa sería sin aquel pecado cometido por ella, que atrajo sobre nuestro padre la maldición del Eterno, y aun así sentimos que no podemos maldecirla; Eva es la mujer que nos pierde y nos redime, la que nos atormenta y nos consuela, es la noche y el día de nuestra existencia, es la flor con sus espinas, gracias á la que el mundo es mundo, pues quitad del Paraíso á Eva y habréis quitado la madre del hogar, la flor del huerto, la sensación de nuestro ánimo. ¡Quién sabe si hizo bien en pecar!



y después de todo, cuando el Altísimo lo permitió!

Aquel tranquilo edén, primera morada de nuestros padres, la dicha y el contento de ellos, la placidez de aquellos días de dulcísimo embeleso, ha dado asunto á la iconografía y á la literatura, para un sin número de obras, de las que no enumeramos más que *El Paraíso perdido*, de Milton, por ser la que más á nuestro asunto sirve. El ciego de Albión, aquel infortunado poeta á quien las revueltas políticas hicieron sufrir tanto sin que jamás agriaran su carácter, apto para la contemplación de la inevitable dicha del Paraíso, poeta que en la adversidad se elevó en alas de una plegaria, pintó á nuestra primera madre bella hasta el punto de excitar la cólera y el despecho de Luzbel que la veía (1). Esta es la primera mujer que Mil-

---

(1) «Ella para Dios en él, llevaba como un muerto velo su cabellera de oro, que descende esparcida y sin adorno hasta su delgada cintura, enroscándose en caprichosos anillos como la viña repliega sus flexibles vástagos, símbolo de la dependencia, etc.» Mujer ideal la de Milton que dice «Recuerdo con frecuencia aquel día en que salí por vez primera de mi sueño: me encontré muellamente tendida sobre las flores, no sabiendo en mi sorpresa lo que era, dónde estaba, ni de dónde y cómo había sido llevada allí. No lejos de este sitio, se escapaba de una gruta el dulce murmullo de las aguas, que se extendían en forma de líquido cristal y después de extenderse permanecían puras y tranquilas, como la superficie del cielo! Dirígeme á aquel sitio con un pensamiento inexperto: acostéme sobre la verde orilla para contemplar aquel límpido y trasparente lago, que me

ton nos retrató, pura, cándida, hermosa, sencilla, con todas las condiciones que siempre se buscan en la mujer, sin encontrarlas muchas veces, por desgracia, pues si las tuviera sería con verdad aquello para que fué creada. El épico inglés nos presenta la mujer formada, sintiendo ya; con el lírico mexicano, vamos á presenciar su aparecimiento, vamos á ser testigos de su primera sensación.

El amanecer de los bellos días, en que del límpido azul del firmamento se irradia alegría en que nuestras almas se embriagan, es siempre hermoso, pero más hermosa es aún la mañana que describe Flores, mañana que es, digámoslo así, un destello de su inspiración soberana, que ha llegado en su abstracción hasta entrever la hermosura de aquella sexta aurora en la calma del Paraíso, cuando nada existía que turbara ni pudiera turbar el reposo y la alegría del primer hombre que vivía solo. Del edén perdido, tal como los orientales lo han pintado, tal como lo concebimos al pensar que no existían allí miserias ni dolores, ha hecho el poeta un cuadro notabilísimo, con delicados toques que cautivan, en el centro del cual Adam dormía.

---

parecía un nuevo firmamento. Cuando me inclinaba para mirarme en él, apareció ante mí una forma en el cristal del agua, inclinándose también para contemplarme; retrocedí estremecida y ella también retrocedió estremecida, halagada volví á adelantarme y ella hizo lo mismo, mirándome con amorosa simpatía.»



Era el hombre primer, y ya su labio  
 De la existencia en el primer momento  
 Bosquejaba la voz del sufrimiento.  
 La inmensa vida palpitaba en torno;  
 Pero él estaba solo... El aislamiento  
 Transformaba en proscrito al soberano.

Cierto; el poeta lo ha dicho; allí donde para lo que es propio y subjetivo hace falta la expansión, el hombre que Dios creó á su imagen y semejanza, aun en medio de aquella exuberante naturaleza que admiraba, el pobre sér aislado tenía que sufrir; lo que le animaba ya era el alma humana y siempre ésta siente necesidad de otra en quien depositar las lágrimas de sus dolores, las sonrisas de sus alegrías. Si aun en medio de las violentas sacudidas que nos hace experimentar la sociedad, si á pesar de las penas que en el mundo, por ser sociables experimentamos, nos dieran el Paraíso con la absoluta soledad que Adam tuvo en sus primeros momentos, no lo queríamos, pues más apetecible es poder permitirse el desahogo en la amistad, la satisfacción en la familia, la expansión de nuestra alma en el amor. De que es cierto esto de que nadie duda, el Altísimo dió una prueba, pues al contemplar que del hombre

Su frente pensadora  
 Su noble faz augusta de belleza  
 En medio de su sueño se cubrían  
 De una vaga tristeza.

.....

.....  
 Entonces el Señor tendió su mano  
 Y el costado de Adam tocó un instante...  
 .....

En el curso de este trabajo hemos dicho muchas veces, para condensar cuanto de sus sobresalientes condiciones puede decirse, que Manuel María Flores es un verdadero poeta; creemos haber dado pruebas suficientes de este aserto, que sin ellas podría creerse atrevido, y aun podemos repetirlo una vez más, pues grandes, grandísimas son las que podrían presentarse. Sabemos lo expuesto y comprometido que es hacer comparaciones, por lo cual nos abstenemos de ello; pero es seguro (para nosotros al menos) que no cabe llegar en una descripción á la pura y perfecta idealidad á que ha llegado el vate mexicano, haciendo en armoniosos versos el retrato del bíblico personaje, cuyo nombre sirve de epígrafe á su composición. Ni los poetas que cantaron á nuestra madre común antes de pecar, ni los que llevados de una pasión han descrito á la inspiradora de sus amores, llegan á la altura que el poeta mexicano. La Eva de Milton nos pareció la mujer más idealmente descrita, hasta que conocimos la Ofelia de Shakspeare; ésta, en nuestra opinión, cedió el puesto á la Elvira de Espronceda, que como pura, casta y bella ha cedido en nuestro criterio el puesto á la Eva que el poeta mexicano describe diciendo:



La dulce palidez de la azucena  
Que se abre con la aurora,  
Y el blanco rayo de la luna llena  
Dejaron en su faz encantadora  
La pureza y la luz. Los frescos labios,  
Como la flor de la granada rojos;  
Esa luz que es un sol para las almas  
En la limpia mirada de los ojos;  
Y por el albo cuello,  
Voluptoso crespón de sus hechizos  
La opulenta cascada del cabello  
Cayendo en o'as de flotantes rizos.  
. . . . .  
Su casta desnudez iluminaba,  
Su labio sonreía,  
Su aliento perfumaba,  
Y el mirar de sus ojos encendía  
Una inefable luz, que se mezclaba  
Al albor del crepúsculo indeciso....  
Eva era el alma en flor del Paraíso.

Dejamos la descripción y no añadimos una palabra sobre ella, pues ó cierto es lo que hemos dicho, ó nuestro escaso talento no alcanza á comprender qué le falte para ser lo que creemos.

El poeta continúa su obra, á la que bien podemos llamar poema, y á vuelta de algunas incorrecciones de fácil enmienda, en las que ciertamente se fijará para las sucesivas ediciones, sigue haciendo galas de su poder, é imagen tras imagen, sin nada que falte, sin nada que deje de admirar, llega al final, llega al punto en que aun Adam dormía...

Eva lo contemplaba,  
Sobre el inquieto corazón las manos,  
Húmedos y cargados de ternura

Los ya lánguidos ojos soberanos.  
Y poco á poco, trémula, agitada,  
Sintiendo dentro el seno comprimido  
Del corazón el férvido latido;  
Sintiendo que el aliento que salía  
Del labio abierto del gentil dormido  
Abrasándole el suyo le atraía,  
Inclinóse sobre él...

Y de improviso,  
Se oyó el ruido de un beso palpitante,  
Se estremeció de amor el Paraíso!...

. . . . .  
Y alzó su frente el sol en ese instante.

Flores ha sabido terminar su obra dignamente, probando que sabe guardar el tono apto al asunto. Aquella mujer primera, parece fotografiada; no cabe ser más ideal en la expresión de una belleza, que siempre concebimos pura, y hasta en el último toque ha sabido sostenerse á la considerable altura á que se elevó desde luego. En otra composición suya, de la que ya hemos citado algunos versos, titulada *Bajo las palmas*, canta el amor tal como lo siente; toda ella respira voluptuosidad y abandono, y aún se vé algo más en su final cuando dice:

Los labios de los dos con fuego impresos  
Se dicen el secreto de las almas,  
Después... desmayan lánguidos los besos  
Y á la sombra quedamos de las palmas.

Pero éste, como con facilidad se advierte, no es el que tan acertadamente ha dado á Eva. En



este poema se ve pura idealidad, se advierte un no sé qué de espiritual y casto que subyuga, y es que tan armoniosos versos hacen que en nuestra alma surjan fantasmas, fantasmas que dormían, pues allá en los primeros años de nuestra vida, visto todo al través del rosado color que en dicha edad parece adaptado á nuestra retina moral, veíamos en situaciones de nuestra vida, algo para con lo que, era término de comparación el Paraíso. Adam dormido pesaroso, Eva que lo contempla amante, un beso que se escucha y el sol que sale, ternísimo idilio, que todos en nuestro sér sentimos y que pocos como el poeta que estudiamos han sabido trazar.

Algunas composiciones patrióticas, en las que el entusiasmo parece reñido con la historia, y la verdad con la justicia, y otras de bastante mérito escritas con motivo de la adjudicación de premios en algunos establecimientos de enseñanza, y en las que el poeta revela gran elevación de miras y sentimientos, terminan esta penúltima parte para pasar á la que titula *Insomnios*.

Feliz en la exposición de los sentimientos, el poeta, como hemos venido viendo, ha sabido hacernos sentir plácida y tranquilamente, ha sabido llevar á nuestra alma sus deseos, sus emociones y sus suspiros, ha sabido cautivar nuestros sentidos con su armonía y su fluidez, ha logrado impresionarnos con las magníficas ideas de que sus composiciones están salpica-

das, y como si quisiera probar que todas las cuerdas responden á su pulsación, en la última parte del libro que forma su gloria, ha demostrado que los acerbos dolores que martirizan y punzan, que los dolores que para siempre dejaran llagas en nuestro corazón, al ser experimentados por él, han tenido manifestaciones que en bellezas corren parejas con aquellos que brotaron á impulsos de la satisfacción ó del gozo.

Una de las cosas que más cautivan en esta parte del libro que nos ocupa, es advertir que el poeta, evitando seguir la senda por tantos seguida, no cae en el vacío escepticismo que, casi nunca sentido en lo íntimo de nuestra alma, resulta, si no frío, forzado y violento; escepticismo que en un considerable número de casos, produce en vez de notas acordes que cautivan, punzantes chirridos que lastiman. Viejo ó joven, más tarde ó más temprano, ha de llegarse por desgracia al convencimiento de que en el mundo, la más abundante es lo que nos causa tormento: el antagonismo de las clases, la lucha de los caracteres, la inconstancia de nuestros semejantes, el rara vez justo aprecio de las condiciones, la finalidad de nuestra vida y otras muchas, originarias en su mayor parte de nosotros mismos, son causas de este batallar incesante en que se gastan las fuerzas del espíritu, para dar lugar á la laxitud; pero nunca racionalmente puede producir la decepción que lleva á maldecir de todo y á